

EL CASO FERENCZI O EL RETORNO DE LO REPRIMIDO¹

Neri Daurella.

RESUMEN

Desde hace pocos años, se está produciendo un fenómeno llamativo en nuestra comunidad profesional: un autor fundamental para el desarrollo del psicoanálisis como es Ferenczi está siendo redescubierto tras décadas en las que ha pasado bastante desapercibido. La autora reflexiona sobre este fenómeno, que entiende como resultado de un movimiento defensivo propio de una época en que los psicoanalistas estaban más preocupados por preservar la pureza de su método que por buscar la eficacia terapéutica, y cree que en la actualidad son cada vez más los psicoanalistas que se sienten más próximos al Freud joven, capaz de correr el riesgo de equivocarse en sus tanteos teóricos o técnicos y dispuesto a rectificar cuando la realidad clínica lo aconsejaba, que al Freud controlador de la ortodoxia y utilizador de la interpretación de las resistencias inconscientes de los colegas discrepantes como explicación para su insumisión.

En marzo de 1998, asistí en Madrid a un Congreso Internacional dedicado a “Ferenczi y el psicoanálisis contemporáneo”. Yo no tenía por entonces un conocimiento directo de la obra de Ferenczi. Cuando había hecho mi formación para ser psicoanalista en el Instituto de Psicoanálisis de Barcelona, no me habían propuesto leerla en ningún seminario. Sí conocía, en cambio, la obra de Balint, en la que me había interesado profundizar por mi dedicación a la enseñanza de psicología médica en la facultad y mi experiencia en grupos con médicos. Balint se había analizado con Ferenczi (lo mismo que Melanie Klein y Ernest Jones, entre otros) y de la lectura de sus obras se desprendía que había recibido una herencia complicada por las diferencias de criterio entre su analista y Freud en los últimos años de la vida de aquél (Ferenczi murió en 1933 y seis años más tarde moriría Freud). Así que asistí a ese congreso con la intención de tener más elementos para comprender el pensamiento de Balint.

Pero el panorama que se me abrió fue bastante más allá de lo que yo pretendía de entrada. Las ponencias del congreso se centraron en las aportaciones de Ferenczi en tres temas fundamentales: el traumatismo, la contratransferencia y la regresión. Y en los grupos de discusión surgían referencias constantes a la influencia de Ferenczi en el nacimiento de la teoría de las relaciones objetales; en el pensamiento de Klein, Bion, Winnicott y, por supuesto, Balint; en la elasticidad de la técnica psicoanalítica contemporánea; en la revalorización del factor traumático en la comprensión de la patología; en la valoración actual de la personalidad del analista como uno de los factores determinantes de lo que ocurre en el campo relacional constituido por analista y analizando; en el intersubjetivismo norteamericano; en la consideración, en fin, del psicoanalista como un profesional muy interesado en el efecto terapéutico de su trabajo. A medida que se iban tocando estos temas tan candentes para un psicoanalista de hoy en día, me iba surgiendo la pregunta: ¿cómo podía ser que un autor que trataba cuestiones tan actuales ya en los años 20 y 30 no hubiera sido objeto de más atención por parte de la comunidad psicoanalítica? Y ahí me enteré de que era un autor “desaparecido” de los círculos psicoanalíticos, poco citado en la bibliografía⁽²⁾

1.- Este artículo es una versión ligeramente modificada de la comunicación presentada por la autora en una mesa redonda sobre Ferenczi que tuvo lugar en el Instituto de Psicoanálisis de Barcelona (de la Sociedad Española de Psicoanálisis) el 3 de febrero de 2000.

2.- Como botón de muestra, todavía en el año 1989, fecha de publicación del Dictionary of Kleinian Thought de Hinshelwood, de los dos analistas de Melanie Klein (Ferenczi y Abraham), sólo el segundo merece una entrada.

y no estudiado en los institutos de formación hasta que en 1985, fecha en que por fin pueden publicarse su diario clínico (Ferenczi, 1932) y su Correspondencia con Freud (Ferenczi y Freud, 1992), tiene lugar su “redescubrimiento”, que se refleja en congresos, publicaciones y abundantes referencias a su influencia en el psicoanálisis contemporáneo.

Para explicar este fenómeno deberemos recordar un poco la historia. Sabemos que la audacia investigadora, la libertad para correr el riesgo de equivocarse y rectificar, la serendipity (que, según los anglosajones, debe caracterizar a todo científico) fueron cualidades que permitieron a Freud descubrir el psicoanálisis. Pero sabemos también cómo el mismo Freud, “temiendo los abusos a los que estaría sujeto el psicoanálisis en cuanto se hiciera popular” (1914), no sólo creó la IPA, sino que adoptó una posición de control de la ortodoxia psicoanalítica mediante la creación de un comité secreto, prestando apoyo a la formación de una estructura autocrática que velara por las esencias psicoanalíticas y declarara lo que es y lo que no es psicoanálisis. Más aún, utilizó la interpretación de las motivaciones inconscientes de los discrepantes como argumento para descalificarlos, y este recurso al ataque *ad hominem* se hizo común entre psicoanalistas. Así, no es raro leer en la correspondencia de Abraham con Freud que Rank padecía “una regresión innegable hacia la fase anal sádica” o en la de Freud con Jones que en Ferenczi se habían producido “regresiones a los complejos de su niñez” (Bergmann, 1997) cuando estos autores dan muestras de un pensamiento propio y diferenciado en algunos aspectos del suyo.

No se trata de entrar aquí a examinar las complejidades de la relación de Freud con Ferenczi. Lo que me interesa es constatar que la utilización abusiva de la interpretación personal fuera del contexto en que únicamente considero ético utilizarla (el de la intimidad de la sesión psicoanalítica) se convirtió en práctica generalizada entre psicoanalistas (no precisamente silvestres, sino miembros de la IPA). Así, por ejemplo, para negar validez a las ideas y métodos de Ferenczi, se ha dicho frecuentemente que eran consecuencia de los fallos de su análisis con Freud, una especie de acting out, o el resultado de su neurosis de transferencia no resuelta. Este caldo de cultivo tal vez permita entender en parte por qué cuando Ernest Jones, en su biografía de Freud, pasó de la interpretación psicoanalítica de Ferenczi al diagnóstico psiquiátrico puro y duro no encontró prácticamente resistencia. A este respecto recomiendo la lectura de un trabajo reciente, muy bien documentado, de Carlo Bonomi (1999), *Flight into sanity: Jones's allegation of Ferenczi's mental deterioration reconsidered*. Jones (1957) escribió, literalmente, que Ferenczi, “gradualmente, hacia el final de su vida, desarrolló manifestaciones psicóticas que se revelaron, entre otras cosas, en un distanciamiento de Freud y sus doctrinas. Por fin germinó la semilla de una psicosis destructiva, invisible durante tanto tiempo”.

Bonomi presenta un buen cúmulo de evidencias de que este diagnóstico es insostenible. Entre otras, el hecho de que el propio Freud pidiera insistentemente a Ferenczi que aceptara la presidencia de la IPA en 1932 (un año antes de la muerte de éste). Ferenczi rehusó la presidencia, escribiendo a Freud que en aquel momento no se sentía inclinado a ejercer la tarea de presidente, que él entendía que implicaba dedicarse a preservar lo ya existente. Freud no encajó bien su negativa: probablemente le pareció la repetición de las “traiciones” de disidentes anteriores. Y escribió a Eitingon que la negativa de Ferenczi era “una acción neurótica de hostilidad al padre y los hermanos para aferrarse al placer regresivo de hacer el papel de madre con sus pacientes.” (¡Lástima que Freud, tal vez demasiado convencido de su visión de un Ferenczi hostil y regresivo no pudiera hacerle caso cuando éste le advertía, ese mismo año, del peligro que significaban los nazis y le instaba a marcharse de Viena, al tiempo que abría una cuenta en Suiza, por si acaso! Como dijo Clara Thompson, no parece que estuviera tan loco.)

Los reivindicadores actuales de la figura de Ferenczi, indignados por la presentación invalidante que hizo Jones de él en su biografía de Freud, a veces caen también, a mi entender, en ese vicio común entre psicoanalistas: no se limitan a dar los datos y argumentos que contradicen unas afirmaciones para demostrar su poca consistencia o su falsedad, sino que entran a hacer interpretaciones de las motivaciones inconscientes del autor (en este caso le toca a Jones). Así, por ejemplo, Judith Dupont (responsable de la publicación del diario clínico), en una comunicación presentada en el Congreso de Madrid (muy interesante en otros aspectos), afirmaba:

Jones... evidentemente deseaba desacreditar a la persona y descalificar las ideas de Ferenczi,

particularmente las más originales e interesantes de sus últimos años, cuando sostuvo que Ferenczi tenía una enfermedad mental varios años antes de su muerte. Puede haber muchas razones por las cuales Jones decidió adoptar, e incluso exagerar, el pseudo diagnóstico de Freud al cabo de tantos años, en 1958, cuando escribió el tercer tomo de su biografía de Freud. Probablemente una de ellas fueron los celos; no cabe duda de que él deseaba haber sido el mejor amigo y confidente de Freud, él, en vez de Ferenczi. El siempre fue el hombre útil, no el realmente querido. (Dupont, 1998).

¿Cómo podemos saber lo que deseaba o no Jones en su fuero interno? Me parece que para sospechar de la validez de las afirmaciones de Jones no hay que recurrir a estos excesos interpretativos. Basta con leer atentamente el párrafo en que “diagnostica” a Ferenczi, allí donde presenta como una de las muestras de su psicosis el distanciamiento de Freud y sus doctrinas. ¿Qué psiquiatra consideraría un síntoma de psicosis el pensamiento crítico de un colega? ¿En qué sociedad científica se tomaría en serio una afirmación de este tipo? Sin embargo, en la IPA han tenido que transcurrir más de treinta años para que esto se cuestione en público.

Cuando se publicó el tercer tomo de la obra de Jones, Balint escribió una carta al director del *International Journal of Psicoanálisis* manifestando que, pese a la progresiva debilidad física de Ferenczi debida a la enfermedad que le llevó a la muerte, éste había mantenido siempre la lucidez, y había comentado con él detalladamente su controversia con Freud. La carta se publicó tras convencer Jones a Balint de que eliminara de ella la referencia al hecho de que Ferenczi había sido el analista de ambos, y junto a ella apareció publicado un comentario de Jones insistiendo en su diagnóstico y añadiendo que “es característico de los pacientes paranoides engañar a amigos y parientes exhibiendo una lucidez completa sobre muchos temas.” O sea, que el testimonio de amigos y parientes no tenía la misma credibilidad que el criterio de Jones. Bonomi (1999, p. 522) comenta en su trabajo que la carta de Balint podría parecer hoy demasiado cauta y diplomática, pero añade: “Balint, astutamente, se proponía simplemente dejar constancia de su desacuerdo y “confiar a la generación siguiente la tarea de averiguar la verdad”, comunicando así la idea de que su generación no tenía una gran afición a la verdad.”.

Las respuestas menos diplomáticas, lógicamente, vinieron de analistas que ya se encontraban fuera de la IPA, como Erich Fromm, que compararía el pseudo diagnóstico que Jones hizo de Ferenczi con la práctica estalinista de desacreditar a los oponentes calificándolos de espías o traidores. Fromm (1958) sostendría que el psicoanálisis no era sólo una terapia y una teoría científica, sino también un “movimiento” que “en ocasiones, y en algunos de sus representantes, manifiesta un fanatismo que sólo se encuentra en las burocracias religiosas y políticas”. La comparación con una iglesia aparece en otro artículo de publicación reciente, de Martin S. Bergmann: *Las raíces históricas de la ortodoxia psicoanalítica* (1997), en el que se pone de relieve la atmósfera religiosa que invadió la creación del psicoanálisis. Freud y sus corresponsales se referían a él como “la causa” y estaban ansiosos por captar a nuevos conversos, y se requería una estructura autoritaria para impedir el surgimiento de los dos grandes riesgos: el análisis silvestre y la herejía.

Pero, ¿qué elementos había en el pensamiento de Ferenczi tan inquietantes para generar tamaño movimiento defensivo? Yo tengo la impresión de que Ferenczi despertaba mucho temor porque fue un profesional más comprometido con la búsqueda de la eficacia terapéutica que con la defensa de la pureza del método, y esto, a ojos de los detentadores del saber psicoanalítico institucionalizado, le convertía en un modelo peligroso para muchos inexpertos bienintencionados. Se trataba de un psicoanalista que, cuando encontraba insatisfactorios los resultados que obtenía con la técnica estándar, hacía autocrítica, ensayaba variaciones técnicas, publicaba sus resultados y aprendía de sus errores. Más o menos lo mismo que había hecho el joven Freud cuando daba cuenta de los tanteos que le habían ido llevando de la hipnosis al descubrimiento del psicoanálisis pasando por la técnica catártica. No es de extrañar que durante veinticinco años Freud tuviera a Ferenczi como su interlocutor privilegiado. Ambos tenían el valor y la capacidad crítica propia de los científicos más creativos para cuestionar lo dado e ir un poco más allá. Aunque llegó un momento en que Freud y, más que el propio Freud, sus herederos, adoptaron una actitud más de defensa o conservación del patrimonio que de continuar en la línea investigadora.

Me gustaría citar aquí a una autora, no psicoanalista, sino investigadora en neurobiología: Rita Levi

Montalcini,⁽³⁾ que publicó en 1998 su autobiografía titulándola, muy significativamente, *Elogio de la imperfección*. En ella señala cómo la creatividad del *homo sapiens* se expresa a veces elaborando ingenios mecánicos simples y perfectos, que no requieren modificaciones, y otros más complejos, toscos e imperfectos que, por su propia imperfección se prestan a ser reestructurados. Los primeros resultan tan adecuados para la función que deben cumplir que no se modifican apenas con el tiempo. Los segundos están en permanente evolución, lo mismo que el propio cerebro, maravilloso y, sin embargo, aún imperfecto del *homo sapiens*. Me parece evidente que el psicoanálisis entra en la segunda de estas categorías: es un instrumento maravilloso e imperfecto con el que cada psicoanalista experimenta en su tarea cotidiana. Esto parecía tenerlo más asumido Ferenczi que muchos de sus colegas de la IPA, más preocupados por definir lo que era o no era psicoanálisis, o cuáles eran los principios fundamentales del movimiento, o si había que catalogarlo como una forma de psicoterapia, o por diferenciar el oro puro de las aleaciones innobles, que por ir adecuando la técnica a las necesidades de cada paciente.

Ferenczi, a diferencia de Freud, no consideraba importante establecer criterios de analizabilidad. Para él, no había pacientes intratables sino técnica inadecuada o insuficiente. No se resignaba cuando se producían estancamientos en un tratamiento y criticaba la opción de los analistas que se refugiaban en alusiones a la resistencia insuperable o al narcisismo del paciente. No es de extrañar que así se fuera convirtiendo en un “especialista en casos difíciles”, como dice él mismo en *Análisis de niños con los adultos* (1931).

En su intervención en el Congreso de Madrid, García Badaracco (1998) manifestó su convicción de que lo que la comunidad psicoanalítica no había tolerado de Ferenczi había sido su intento de hablar tan directa y abiertamente de lo que hacemos en el consultorio, en la intimidad de la relación con el paciente, aludiendo tan claramente al compromiso emocional del analista. A mí, el hecho de que un psicoanalista *senior* como García Badaracco considerara que hablar sinceramente de lo que hacemos en el consultorio era algo insólito en el seno de la comunidad psicoanalítica me impresionó por lo que tenía de reconocimiento de un fenómeno general. Poco después leería observaciones en el mismo sentido de los dos presidentes más recientes de la IPA: Otto Kernberg (1996), recogiendo el concepto de “organización paranoica” de Elliot Jaques para aplicarlo a los institutos psicoanalíticos, y Daniel Widlöcher, al referirse a la existencia de un doble lenguaje en esas mismas instituciones, cuando estuvo aquí hablándonos de psicoanálisis y psicoterapia, y dijo: “*On ne parle d’autre chose que de ce que l’on fait.*” (Traducción libre: una cosa es lo que hacemos en el consultorio y otra lo que traemos a las reuniones “científicas”).

En realidad, Ferenczi fue el primer analista que habló de la contratransferencia considerándola no como un obstáculo o un inconveniente peligroso sino como un instrumento imprescindible y eficaz.

Luis Martín Cabré (1998) dedicó a este tema su ponencia en el Congreso de Madrid y mostró cómo Ferenczi (1918) se había anticipado en muchos años a las intuiciones posteriores de Heimann, Racker y tantos otros, en la comprensión de la interpretación del analista como una consecuencia directa de la elaboración de su contratransferencia. En su ponencia, Luis Martín Cabré señalaba que Ferenczi llegó a invertir radicalmente la metáfora del analista como un cirujano, propuesta por Freud, para establecer los cimientos de una teoría de la contratransferencia como disposición materna. Para Ferenczi, dijo, se trataba de que “el paciente, en el transcurso del análisis, accediera a una experiencia reparadora de aquello que le había sido negado durante la infancia, más que a los beneficios del levantamiento de la represión”. En esta línea se situarían posteriormente la “preocupación materna primaria” de Winnicott y la *reverie* de Bion.

De las diferentes intervenciones que se oían en aquel congreso, parecía deducirse que hay dos maneras de entender la función del analista: Otto Kernberg las calificó de objetivista (la freudiana) y constructivista (la ferencziana); unos subrayaban cómo Freud se había situado más como observador y Ferenczi más como participante en la situación analítica; otros definían la aportación de Ferenczi como el paso de un análisis de rememoración, de conocimiento, a otro de vivencia de los afectos...

Escuchando las diversas aportaciones, recordé una ocasión en que Meltzer estuvo en el Instituto de Psicoanálisis de Barcelona y utilizó dos metáforas para explicarnos cómo entendía la función del analista.

3.- Descubridora del Factor de Crecimiento Nervioso (NGF), Premio Nobel de Medicina en 1986.

En una de ellas la comparó con la del guía que le había acompañado en una visita a unas cuevas del sur de Francia donde había pinturas rupestres: las huellas de una vida primitiva estaban ahí, y la linterna del guía las iba mostrando. En la otra, la comparó con la función de una madre que tiene a su bebé en brazos, atenta a lo que éste comunica sin palabras y respondiendo a sus necesidades. Lo que no nos explicó es cómo integraba estas dos metáforas tan heterogéneas.

Puestos a elegir metáforas, me parece muy útil la que usa Ferenczi del analista como una comadrona, cuya función es limitarse a ser espectadora de un proceso natural, pero teniendo los fórceps al alcance de la mano para facilitar el nacimiento cuando éste no progresa espontáneamente. Esta metáfora, además de serme útil, me hizo pensar en Sócrates, que la usó mucho antes, al denominar a su método “mayéutico”, desafiando el “supuesto saber” de los sofistas con su estimulante declaración de “yo sólo sé que no sé nada” como punto de partida de cualquier diálogo. Y también me hizo pensar en Bion, cuando recomienda al analista afrontar la sesión “sin memoria ni deseo”, como condición para que el análisis sea un encuentro vital en el que puedan surgir experiencias nuevas.

Ferenczi valora sobre todo la experiencia vivencial del paciente y alerta contra la sobre valoración del trabajo interpretativo no vinculado a la vivencia del paciente. Y considera que la empatía, la capacidad de sentir con el paciente es la base de la técnica psicoanalítica. En *Elasticidad de la técnica psicoanalítica* (1928) plantea la importancia de que el psicoanalista no se presente ante el paciente como un objeto idealizado e infalible. Y ésta me parece una cuestión técnica y ética de primera magnitud.

Otro comunicante del Congreso de Madrid, Roberto Azevedo (1998), planteó muy bien las implicaciones de esta cuestión, al referirse a todas aquellas ocasiones en que el analista se refugia en la interpretación defensivamente cuando se dan momentos de conflicto o *impasses* en el proceso psicoanalítico. Citaré algunos párrafos de su interesante comunicación:

Hacemos frente al problema de la percepción realista que experimenta el paciente respecto al analista [...] La falta de honestidad del analista transformando percepciones realistas en proyecciones [...] provoca incertidumbres e inseguridad sobre lo que el paciente puede estar percibiendo realísticamente, derrumbando su seguridad y desarrollando dudas sobre su sanidad.

A continuación citó un trabajo de Searls, *How to drive somebody crazy*, y planteó la cuestión de cómo responder a la percepción realista del paciente, no negando ni confirmando lo que ha percibido el paciente, sino investigando cuál es la importancia y el significado de aquello que ha percibido el paciente en nosotros y ayudándolo a trabajar lo que resulte de esta situación.

Si el analista es humilde y humano, tendrá que reconocer que muchas veces aún no sabe lo que ocurre con el paciente [...] y deberá tener paciencia, hasta que, con la ayuda del propio paciente, encuentre la comprensión y el recurso necesario para resolver la situación conflictiva. Esto permite que el analista transmita una experiencia vivencial que no repite la situación traumática vivida con sus padres [...]. Contrariamente a lo que había aprendido en mi formación kleiniana, valoro ahora mucho más lo que he denominado “objeto envidiogénico” que la envidia espontánea que surge naturalmente en el niño.

Probablemente Azevedo se formó en un ambiente kleiniano de aquellos a los que alude E. Bott-Spillius en Melanie Klein Today (1988) como cosa del pasado, en los que se ponía un énfasis excesivo en la interpretación de la destructividad y la transferencia negativa.

Pero, ¿por qué Ferenczi vuelve a resonar en los ambientes psicoanalíticos actuales? Podemos hacernos una idea de por qué fue reprimido, pero ¿por qué ahora lo redescubrimos?.

Se me ocurre comparar el proceso que hemos seguido históricamente los psicoanalistas con el proceso del desarrollo psíquico humano tal como lo explicó el propio Ferenczi en *El desarrollo del sentido de la realidad y sus estadios* (1913). Según él, la historia del desarrollo psíquico humano es la historia de la renuncia a la ilusión de la omnipotencia. No es el fruto de una tendencia espontánea a la evolución, sino la consecuencia de una serie de experiencias frustrantes que exigen un esfuerzo de adaptación a la realidad. Y

este proceso transcurre desde unos primeros períodos de la vida en los que el niño depende completamente de los adultos para satisfacer sus necesidades pero fantasea que está en posesión de fuerzas mágicas muy poderosas (primero gestos, luego pensamientos y luego palabras mágicas) hasta que llega al período en que el sentimiento de omnipotencia va dejando paso a un reconocimiento cada vez más pleno de la realidad. El sentido de la realidad, para él, alcanza su apogeo en la ciencia, en la que, en cambio, la ilusión de la omnipotencia alcanza su nivel más bajo.

Vuelvo a recordar aquí las palabras de Rita Levi Montalcini (1988) sobre los instrumentos maravillosos e imperfectos. Tal vez podríamos pensar en el psicoanálisis como uno de ellos, que dio esa ilusión de omnipotencia explicativa en el momento de su aparición en escena, porque daba a los psicoanalistas esa sensación de poseer un instrumento mágico muy poderoso (que se aplicaba tanto para interpretar a pacientes, como a colegas, como para descalificar a quienes lo criticaban con el argumento de que estaban movidos por sus resistencias, como para interpretar a los autores de obras literarias, artísticas y al mundo en general).

Hasta que las repetidas experiencias frustrantes (resultados terapéuticos no siempre satisfactorios, rigidificación de la técnica y la actitud de muchos psicoanalistas pese a haber sido analizados ellos mismos, polémicas mal resueltas y disensiones, resultados nada despreciables de otros abordajes terapéuticos previamente desdeñados) nos han ido poniendo cada vez más de relieve el carácter imperfecto del instrumento, acercándonos más a una posición de modestia que nos aproxima a los científicos, y a los clínicos.

No es de extrañar que se recupere ahora a Ferenczi, a quien su entusiasmo por el psicoanálisis no impedía reconocer sus insuficiencias y tantear caminos que ahora transitan tantos psicoanalistas actuales, no siempre concededores de la obra de su antecesor. No se trata de idealizar ahora a Ferenczi, ni de organizar una escuela “ferencziana” (cosa que él nunca pretendió), pero sí de recomendar su lectura, que transmite con sinceridad extraordinaria las vivencias de un psicoanalista convencido de que es terapeuta ante todo. Lo impresionante de leerle es ver cómo en sus trabajos (opinables, provocadores a veces) trata los temas en torno a los cuales gira hoy la investigación psicoanalítica.

Me gustaría incluir aquí una cita de Carlos Sopena (1998, p. 51) en su discusión de una de las ponencias del congreso de Madrid:

El saber psicoanalítico es insuficiente en el sentido de que sus formulaciones teóricas no conectan del todo bien con los hechos clínicos. Una cosa es la teoría, como sistema coherente de nociones, y otra cosa es la práctica psicoanalítica. [...] Sin embargo, esa insuficiencia de la teoría, cuando es reconocida, es lo mejor que tiene, puesto que es el vínculo que mantiene con la ignorancia, con la gran X que solía mencionar Freud, con todo aquello que no sabe todavía y que la hace seguir trabajando, relanzando los interrogantes. [...] En definitiva, es lo que la diferencia del delirio.

Y más adelante, refiriéndose al fenómeno del retorno de lo reprimido que ha caracterizado el caso de Ferenczi, añadiría:

Ninguna medida o decisión administrativa que prohíba la enseñanza de tal o cual autor puede impedir que se conozca su pensamiento. Este resultado puede posponerse, pero no puede evitarse a largo plazo. De todas maneras, hay que lamentar pérdidas de tiempo y de energía inútiles. La historia del psicoanálisis abunda en intentos de este tipo, todos los cuales fracasaron. [...] Que no hay deportación sin retorno ha sido evidente en el caso de Ferenczi. (Sopena, 1998, p. 51).

Celebro tener la oportunidad de publicar este pequeño artículo en una revista como ésta, que, por lo visto, pretende abrir un foro de pensamiento y discusión entre psicoanalistas, prometedor y necesario en nuestro mundo profesional. La historia del psicoanálisis está llena de episodios en los que los desacuerdos sobre cuestiones teóricas o técnicas se han intentado resolver con la exclusión de los que pensaban diferente, y después, al cabo del tiempo, lo que salía por la puerta, volvía a entrar por la ventana. Conocer la historia es condición indispensable para no repetirla. Y tal vez ahora los tiempos estén más maduros para asumir una visión dialéctica de las cosas (ya sabéis, aquello de tesis, antítesis y síntesis, que a su vez se convierte en

tesis, etc.), también en el terreno de la comprensión de nuestra historia.

Neri Daurella
Rector Ubach 12, Entlo. 2ª 08021 Barcelona
Teléfono: 93 200 41 03
E-mail: neri_dau@hotmail.com

Instituto de Desarrollo Psicológico. INDEPSI. LTDA.

ALSF-CHILE